

Al fin una máquina deseable

La máquina de cantar

ROBINSON QUINTERO OSSA
El Aguijón, Bogotá, 2015, 196 pp.

YO NO sé si con la palabra “nobleza” pueda calificarse un libro. Tal vez no. Pero esa es la palabra que me viene a la cabeza después de leer *La máquina de cantar*, de Robinson Quintero Ossa. Al título le sigue una frase, a manera de subtítulo, que dice: “Colección de juegos literarios del profesor Rubén Quirogas”, dejando entrever que lo que el lector encontrará es, justamente, un libro didáctico, tal vez un libro que enseña la literatura por medio del juego. ¿Un libro juvenil? Puede ser. La palabra “juego” no termina de decirnos casi nada definitivo, dado que ella, nos han enseñado, no es apta para gente seria, para quienes se toman la existencia con los rigores que exhibe la vida de los adultos. Pero no. El juego sí es definitivo para vivir bien, o por lo menos para hacer que la vida sea menos aburrida, menos llena de cosas insoportables. Sin imaginación, por ejemplo, no puede haber juego. El arte no puede carecer de imaginación ni, por tanto, de juego. Esa es la suerte de silogismo que se hace cierto en el campo de toda creación. Y la nobleza que le atribuyo a este libro va en el sentido de que ese juego es constructivo, formativo, útil. Aunque el juego no debe pensar en utilidades, la de *La máquina de cantar* es una noble utilidad, no una mezuquina.

Robinson Quintero Ossa (Caramanta, Antioquia, 1958) es un poeta con varios libros publicados, además de ensayista y periodista literario (lo anterior debe significar algo; lo que sí es cierto es que él no se ocupa, como casi todos los periodistas, de la aburrida y enervante actualidad política, por ejemplo), y ha ganado premios y reconocimientos. Tiene la costumbre, según ve uno, de inventarse unos libros muy originales, llenos de literatura y poco convencionales. Aquí se inventa un libro delicioso, repleto de sorpresas y de ingenio. Pero, ante todo, lleno de poesía, de buena literatura. Para armarlo crea un personaje, un álter ego, que es Rubén Quirogas,

autor de los juegos o acertijos en los que abunda el libro. Y Quintero nos lleva de la mano, contándonos lo que hace y dice Quirogas. Adivinanzas, poemas incompletos para llenar, diccionario de palabras imaginarias, diccionario personal, poemas y poetas interminables (si el lector es curioso y consulta por su cuenta), instrumentos musicales, bestiarios. Todo dicho con un tono festivo, con sonoras invitaciones, como: “Pongan en orden y en [las] líneas correspondientes los vocablos liberados en el apogeo erótico. ¡Pilas con el bisturí! El soneto excita así” (p. 149). Y arranca la citación de poemas incompletos para ser llenados por los lectores. Juego de principio a fin. Poesía de principio a fin. Listas y listas de autores, temas, títulos de poemas y libros de poesía. Ya digo: si el lector es curioso y acepta seguir el juego, tendrá una lista inacabable de opciones.

Con mi máquina de cantar —dice en alguna parte Rubén Quirogas— aprenden sin saber que aprenden, por ejemplo, el conocimiento de las artes gramaticales y estilísticas y, lo que es vital, el afecto por la lectura y la relectura, por la escritura y la reescritura, que no son otra cosa que la voluntad y el gusto por pensar con orden, con belleza y juicio, con emoción y criterio.

Y es verdad. El álter ego de Robinson Quintero (ambos podrían ser R. Q.) despliega una didáctica elemental, sin los misterios ni los enredos de la didáctica institucional o académica, basada solo en el conocimiento expedito de la literatura, para que el lector alcance los conocimientos necesarios de la literatura, para hacer literatura. O para hacerse un lector inteligente, juicioso, recursivo de la literatura misma, no de sus teorías ni de sus artimañas. De lo sustancial y necesario. Conocer jugando, parece ser el lema de Rubén Quirogas que avala perfectamente Robinson Quintero. El gusto por la lectura no da prestigio, ni dinero, ni poder; ni siquiera hace más inteligente a nadie, si se quiere. Pero el lector convencido y gustoso es un ser humano crítico, más apto para asumir papeles en la vida, de eso no cabe duda. Estereotipos o juicios morales aparte. Ni el que lee por placer y con auténtica curiosidad es

mejor que nadie, ni es un delincuente quien no lee.

Rubén Quirogas nos cuenta, siempre de la mano de Robinson Quintero, experiencias con los grupos de estudiantes en los talleres literarios que acostumbra hacer (¿cuál de los dos? Bueno, sigamos el juego: Rubén Quirogas) en colegios y en casas de la cultura, de las respuestas de algunos muchachos a sus acertijos. Divertidos e inteligentes casi siempre, señal inequívoca de que le siguen el juego, de que se meten en el juego. Y dan con soluciones muy acertadas, muy “serias”, en el sentido de apropiadas. Finalmente, muy creativas, que es de lo que se trata. En la página 173, en el capítulo “Pintar un imposible”, basado en uno anterior sobre el dibujante de imposibles, el francés Jacques Carelman, Quirogas propone a sus alumnos, ahora a partir de un texto del humorista gráfico, hacer el dibujo que les sugiere la “locura” de Carelman: “EL PROTEGEPARAGUAS: este objeto imposible se coloca en un instante encima de cualquier paraguas, evitando así que se moje”. Y los dibujos son preciosísimos, con los títulos: “El pasagua”, “Humágico”, “Pajaraguas”, “Sombriparaguas”. Al final, como en todos los demás capítulos, Quirogas presenta la solución, que en este caso es la del propio Carelman. Los dibujos que presenta el profesor no son los originales de los alumnos sino, también como en todo el libro, del mismo editor, Óscar Pinto Siabatto. Dibujos de líneas firmes, buenos en general, aunque faltos de gracia en algunas ocasiones.

El origen de *La máquina de cantar*, nos dice Quintero que dijo Quirogas, está en Antonio Machado, el entrañable poeta español o, mejor, en su heterónimo Juan de Mairena. En uno de sus diálogos fingidos (es decir, literarios), Machado pone a su Mairena a conversar con Meneses (otro personaje inventado) y es este último el que menciona su “máquina de trovar”. Es de allí de donde Quirogas copia la idea y la pone a funcionar. Cambia “trovar” por “cantar” y ya está: inventa su propia máquina. También el mexicano Gabriel Zaid publicó un libro de ensayos con el título de *La máquina de cantar* (1967), pero es otra cosa. Zaid avalaría perfectamente el libro de Quintero.

La máquina de cantar (al fin una máquina deseable) de Robinson Quintero merece buena suerte con los lectores. Es uno de esos libros que uno quiere que mucha gente conozca, que sea material de trabajo de muchos profesores de literatura y de talleres literarios (Alberto Aguirre decía que el único taller que él reconocía era el de mecánica, ese donde arreglan carros o bicicletas), un libro al que uno le desea que se venda mucho. Lo digo de verdad, porque considero que es un trabajo dotado de transparencia literaria, conocimientos y enseñanza de la literatura, lleno de herramientas que sirven claramente para la difusión de los mejores textos. Un libro noble, como he dicho ya dos veces, porque es una máquina que toma como base de su funcionamiento partes de muchos excelentes libros de literatura, y enseña con ellas a divertirse, a gozar, a aprender, a jugar. Todo eso con ingenio y enunciado de una manera casi inigualable.

Luis Germán Sierra J.